

Encrucijada para el pensamiento El fin de la cultura

Rubén Horacio Ríos

Pensar la cultura. La paradoja, de inmediato, sale al cruce: ¿el pensamiento –eso: pensar– no es una especie de cultura? ¿Y –alerta roja– hasta de *subcultura*? Pensamiento, así dicho, para salvar algo (¿insalvable?) del suicidio de la filosofía. ¿Por qué se interesaría nuestra época, cúspide del orden técnico, por un saber o un discurso (¿qué es la filosofía?) cada vez más *isomorfo a la literatura*? ¿Y lo que el pensamiento *tiene* que decir, importa, y a *quién* importa?

Demasiado tiempo, lecturas, mamarrachadas, insume pensar. Y cifrar unos textos de incierta suerte. Para el mercado, la filosofía –sofisticado *packaging*– concurre al nomenclador de la moda o nada; el claustro, académico o no. Monacal, siempre. Como Diógenes: la esfera “política”, pensarlo, no merece más que nuestro cinismo¹; cabeza de playa del orden técnico (técnico o tecnicista, no *tecnológico*), *del mundo administrado* –ahora del capitalismo universal –al pensador le reserva el ámbito –contradictor, según el organigrama postindustrial de Daniel Bell –de la *cultura*.

La historia es larga y –para nosotros, el tanto de los *problemas del pensamiento contemporáneo*– conocida: de Platón a la tecnicidad universal. Cultura ha significado (y significa) en el sentido del Iluminismo o la modernidad; el conjunto teórico-práctico de conocimientos y axiomas sobre la *res extensa* que el marxismo, el economicismo marxista, llamó superestructura. El espíritu absoluto, el viaje del concepto a la tierra prometida. En su lugar, el idealismo, que no ha querido más –desde las transmigraciones platónicas– que *encarnarse*, chapotea en la fragmentación, el desencanto.

El pragmatismo utilitarista, *técnico* (el poder, el que *rechina* (no el de los nietzscheanos *idealistas al revés*) está hecho de tecnicidad, de *tecnocracia*), como salvoconducto, reflejo condicionado y negativo del idealismo *olvidado*.

La filosofía, tribunal de la razón y garante de los fundamentos del sujeto, contra el espejo de la naturaleza, formó –o al menos participó de– la determinación eidética de la cultura occidental. Ironía del destino de la metafísica que hoy el orden técnico –*funcionalismo* de compartimientos estancos– la asigne una celdilla oscura, al servicio de la ciencia o del museo filosófico.

Cultura, a nivel de la literatura y el arte, sobrepasada todo el tiempo por los saberes técnicos, tecnocientíficos o tecnopolíticos. ¿La salida? Pensar la cultura de *otro* modo.

Las inversiones –salida a medias–, con Nietzsche y Marx (pensadores de la inversión de la metafísica y *algo más*), tuvieron su cuarto de hora. Parte de la muerte de Dios –como la teología negativa– la noticia tarda en llegar, en echar raíces. Difícil convivir (o sólo vivir) en la catástrofe ética, por ejemplo, de un universo vaciado de ombligo último. Será por eso, y no sólo por eso, que el pensamiento de Heidegger es tratado, pese a las advertencias de su autor, como teología, *antología fuerte*.

A la ontoteología invertida –fase que la filosofía latinoamericana transitó– corresponde la *definición antropológica* de cultura. *Ethos* popular: estructura última, fundacional y fundamental. Ilusión de sustancialidad, de trascendencia irreductible, ontología profunda. *Subjectum* dialectizable, en todo caso, en la historia; actualizado, enmascarado o metamorfoseado *Da-sein* teológico, siempre igual a sí mismo, deshistorizado, ahistorizado y vuelto a historizan. Esencia (un contrasentido) de *la alteridad cultural* (la alteridad de Levinás: lo infinitamente Otro; ni hablar de la cultura), de una *diferencia ontológica* fundante, sí, y no *desfundante*, no *desfundamentante*, al cabo prisionera de los sincategoremas platónicos entre *la identidad y la diferencia*.

De la cultura antropologista, ontoteológica, al conservadurismo político, al *pathos* contramoderno –reactivo–, un paso. Pierre Bourdieu, en su lectura teologizante del primer Heidegger: el *conservadurismo revolucionario*

(eufemismo por nazismo o prenazismo) de Heidegger, Jünger y Schmitt, opera una asimilación similar entre cultura y pueblo (*völkisch*). Y le siguen o le anteceden una superposición de antinomias: cultura-civilización, pueblo-masa, vida-técnica, ontología-ciencia. Teología política, la *cultura* como fundamento (no base) de la nación. Y para descargar a Heidegger de las acusaciones de Bordieu y de otras malversaciones: "Todo nacionalismo es metafísicamente un antropologismo y como tal un subjetivismo", apunta en la *Carta sobre el humanismo*.

Pensar la cultura, pensar *otra* concepción de la cultura; no metafísica, no antropológica. Cultura: ¿aquello que transmite la educación, el lenguaje, la historia de las ideas, las mitologías? Insuficiente, supuesto de invarianza de significado, diría Feyerabend, y aún de universalidad del *significado*. ¿O, en uso de algunas categorizaciones de *Sein und Zeit*, podría decirse que la cultura es la *interpretación* (círculo hermenéutico) de la comprensión de la civilización?

¿La cultura como –rulo de la interpretación– *re-flexión* de la misma civilización? Neo-kantismo, si ese fuera el problema, de un pre-comprensión del ser *dado*: hilando fino, por sobre *lo dado* (la presencia de Dios, toda la metafísica de la *presencia*), no avanzamos ni retrocedemos: la cultura subsidiaria de la civilización. ¿Y se trata de oponerlas –cultura *völkisch*– o de separarlas? Y, en honor a la verdad: ¿a qué costo mantener al margen el cansado fantasma de la decadencia de la civilización occidental y cristiana? Esto, incluso, aparte de Splenger. O Cioran.

Tomando en serio (o como una broma pesada) eso del nihilismo axiológico de Nietzsche, el ocaso de Occidente –la corrupción de la moral que él repudiaba– es la gran oportunidad para el renacimiento de la cultura. ¿De qué *cultura* nos habla? Marcuse: "Nietzsche habla en nombre de un principio de realidad fundamentalmente antagónico del de la civilización occidental". ¿Y entonces? ¿Habla a favor de un tiempo *por venir*, de una cultura que desconocemos? Fuera de toda duda: civilización, en la historia global nietzscheana (del fin de la tragedia al último hombre), compone una *soup opera* de tipo psicológico que estratifica

–palimpsesto de la genealogía–, a una vez, platonismo-cristianismo-metafísica-esclavitud.

Cultura *contra* (contradicción no dialéctica, oposición *ambigua*) civilización, en Nietzsche. ¿Dionisos contra el crucificado? El superhombre, la afirmación aristocrática (selectiva y jerárquica, creadora, no opresiva: “Ni el juez, ni el opresor”, dice Nietzsche), la conversión de la ascesis cristiana en disciplina autopoietica, las fuerzas reactivas y activas, rodean todo esto. Versión de Deleuze: la cultura como *paideia*, adiestramiento y selección para el violentamiento –intempestividad y desmistificación– del pensamiento *natural*, del buen sentido. A más velocidad: cultura que no coincide, ya no con la civilización, *con ella misma*. Exceso, lujo, plus de fuerza. Cultura del Afuera, pliegue o Sobrepliegue ilimitado.

Abstenerse, primer paso, de conjugar (antropología freudiana) civilización y cultura; segundo, pueblo y cultura. No porque la cultura baje del cielo, como un fruto *inhumano*; mas bien porque en ningún caso –sujeción del antropologismo– la hallamos *desteologizada*, *inmanente* y *excedida en su inmanencia*. Tarea (y no, por ejemplo, trabajo enajenado, trabajo de la economía política) humana, o superhumana, después del espejo de la naturaleza, la cultura, que se sale de sí para –si es necesario– *definirse* o trasponerse indefinidamente. Cesura del orden técnico.

Un poco como lo piensa Eliot en *Notas para la definición de la cultura* (1948). Arranca de las comunidades primitivas: religión y arte, guerra y rituales, saberes y economía, forman un entrelazamiento inextricable. A medida que la civilización se hace más compleja aparecen las especializaciones; claro, la suma de las partes de la cultura antropológica (artes, sistema social, religión, hábitos y costumbres) *no es la cultura*. “La cultura –dice Eliot– es algo más que la unión de las artes, costumbres y creencias religiosas.” Luego, el grado de especialización, de *funciones* (lo que hace a las “culturas superiores”), niveles más o menos o *superculturizados*. Modelo cultural construido de abajo-arriba, funcional, cuyo punto de fuga (lo “*algo más*”), ahí, proyecta la cultura.

Funcionalismo. El único defecto –gran defecto– de la máquina de Eliot. La función, la especialización: el espinazo del orden técnico. Cada uno de los ámbitos, según Bell, del posindustrialismo –la instrumentalidad posmecánica–, regidos por distintos principios *funcionales*: la eficiencia (economía o tecnoeconomía), igualdad (política), autorealización o autogratificación (cultura). Ningún resquicio por donde burlar la grilla. Desfuncionalizar, desespecializar (preferible el disfuncionamiento) la cultura, *deslimitarla*; en los pasajes, junturas, nexos, catástrofes, seguirla.

¿Eclecticismo, ese “grado cero de la cultura general contemporánea” según Lyotard?. Nada de eso: diálogo Ínter o multidisciplinario. Cóctel Molotov de efecto retardado y onda expansiva indefinida, errante. Tampoco el viejo intelectual *engagement*, megafónico, portavoz de la cultura; mensajes cerrados, transparente cuantificación, *tope*. Cualquier definición de la cultura está minada de provisoriedad. Estado de las cosas y de ella misma, en un amasijo, vive de *salirse de quicio*. Ese “algo más” eliotiano –principio de complejidad–, enigmático, rebasante.

La posición del pensamiento –no de la institución filosófica–, en una época de veloz *patchwork* cultural –signo planetario–, tiene la ventaja de las desventajas. El duelo por la muerte de la filosofía (de la metafísica), viudos y sepultureros trasnochados, *seculariza* el pensamiento. Y no más desemboque en la “política” (tradición platónica), la ética, la estética o la epistemología; el funcionalismo general, tecnicista, sino *domestica*, encarga roles, fija áreas, protocolos de legitimación: un *dispositivo*, en el mejor sentido foucaultiano.

Si el pensamiento, sacándose de encima el cadáver suicidado de la filosofía, está llamado (¿y quién o qué llama?) a eludirse como *subcultura* o idiolecto –y su propia condición interna *deconstruida* lo pone en el borde–, también lo está a zambullirse en las instancias culturales y atravesarlas como un meteoro. Entre los deshechos de la industria cultural –mayor o menor–, la heterotopía comunicativa, los *fanzines*, la producción simbólica del mundo administrado, hay una chance para el pensamiento: convertirse en la *gran* cultura, la *flexión exterior* de eso que llamamos –de modo extraantropológico– cultura. ¿O perecer?...

Referencias bibliográficas

K. Axelos, *Hacia una ética problemática*, trad. Miguel Ángel Abad, Madrid, 1972.

D. Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, trad. Néstor A. Míguez, México D.F., 1989.

M. Blanchot, *El libro que vendrá*, trad. Fierre de Place, Caracas, 1992.

P. Bourdieu, *Campo del poder y campo intelectual*, trad. J. Dotti y M.T. Gramuglio, Buenos Aires, 1983.

G. Deleuze, *Nietzsche y la filosofía*, trad. Carmen Artal, Barcelona, 1986.

G. Deleuze, "¿Qué es un dispositivo?", *Michel Foucault, filósofo*, trad. Alberto Bixio, Barcelona, 1990.

J. Derrida, *El otro cabo. La democracia, para otro día*, trad. Patricio Peñalver, Barcelona, 1992.

T.S. Eliot, *Notas para la definición de la cultura*, trad. Félix de Azúa, Barcelona, 1984.

H. Marcuse, *Eros y civilización*, trad. Juan García Ponce, Barcelona, 1972.

F. Nietzsche, *La voluntad de poderío*, trad. Aníbal Froufe, Madrid, 1981.

M. Serres, *El paso del Noroeste*, trad. Sara Mirkovitch, Madrid, 1991.

Notas

¹ Al menos lo “político” tecnoburocrático, la separación *posmoralista* entre lo público y lo privado.